

Año 2 Número 4 - Febrero 2015



SOCIEDAD DE AUTORES  
INDEPENDIENTES

# Umbral

## Revista Literaria



Ignacio 014

### Colaboraciones:

Francisco Vernet Ignacio López  
Henry Govani Aguiar Sanchez Víctor Pardo  
Don Srtxema David Solera Asís Eduardo Longa

### Maestros

Juan de Dios Peza  
Ricardo Güiraldes  
Manuel A. Alonso y Pacheco  
José María Arguedas

# Solidaridad geométrica

Hemos comenzado con la campaña "Difundiendo SAINDE", muchos se preguntarán el porqué, ¿qué es lo que queremos los autores?, que nos reconozcan, que nuestra obra sea difundida y vendida porque queremos vivir del arte. Es por ello que buscamos publicitarnos, y usamos para este propósito las redes sociales, una herramienta poderosa de uso masivo que puede hacer que lleguemos lejos, solo se necesita de la solidaridad y del desprendimiento del egoísmo para que tenga el resultado esperado. SAINDE no es solo sus asociados, sino todos los autores independientes.

Así como muchos somos capaces de dar un like a una corporación internacional de refrescos, debemos hacer lo mismo y hasta mucho más por la cultura, en ella expresamos nuestra esencia como individuos, como comunidad y hasta podría decir que como especie, con ella difundimos nuestros sueños, aspiraciones y lo más importante, el conocimiento. No nos deshumanicemos, no perdamos la solidaridad. Juntos podemos dirigir nuestra sociedad en una época donde todo se justifica como "cultura popular", llevando a la destrucción de los verdaderos valores culturales.

Podemos expresar matemáticamente que si una persona invita en un día a solamente otras tres a dar un "like" (quién no tiene tres amigos) y suponiendo que cada uno de ellos repite este proceso -invitar en un día a otras tres a dar un "like"- durante varios días, tendremos el primer día: 3 likes, el segundo día  $3 \times 3 = 9$  likes, el tercer día  $3 \times 3 \times 3 = 27$  likes y así sucesivamente, y solo en un lapso de diez días ya tendríamos la suma de 3 elevado a la 10 "likes" o sea: 59.049 likes. Aclaro, que esto pasaría, solamente con

una persona que inicia este proceso, nosotros somos más de 80 o sea .. "¡¡¡Somos más que capaces!!! ¡Ayudemos todos juntos a SAINDE para ayudarnos a nosotros mismos! Es SAINDE, es Umbral... es Relatos en serie, es el nombre de cada uno de nosotros el que está en juego y el de todo autor independiente.

Seguiré insistiendo con esto, pensando en que con ello podremos lograr el cambio.

Muchas gracias y un gran abrazo para todos.

*Eric J. Lagarrigue*

*Editorial*



**Umbral**  
Revista Literaria  
Órgano oficial de la Sociedad de Autores Independientes

Año 2 - Número 4 - Febrero del 2015

Dirección general:	Naida Saavedra
Corrección y estilo:	Eric J. Lagarrigue Henry G. Aguiar S.
Composición y diseño:	Eric J. Lagarrigue
Imagen de portada:	Ignacio López C.

**Colaboradores de esta edición**

David Solera Asís Eduardo Longa Don Srtxema  
Francisco Vernet Victor Gabriel Pardo  
Ignacio López Henry Govani Aguiar Sanchez

**Contacto:** revista@sainde.net

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.  
Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

# Índice de contenido

## Editorial

Nota editorial (*Eric J. Lagarrigue*) ..... 1

## Cuentos

Luces y sombras en el molino  
(*Ignacio López Castellanos*)..... 9

La visita (*Henry Govani Aguiar Sanchez*)..... 15

## Poesía

En una coma (*Francisco Vernet*) ..... 3

Dulce ave de la paradoja (*Francisco Vernet*) .. 5

La gloria y la sangre (*Eduardo Longa*) ..... 6

Poema para un Dios (*Eduardo Longa*) ..... 7

Lágrimas muertas (*Ignacio López C.*) ..... 8

Lápices remendados (*David Solera Asís*) ..... 14

La madre de mi amigo Koldo -  
La despedida (*Don Srtxema*) ..... 17

## Maestros

Mi padre (*Juan De Dios Peza*)..... 20

El pozo (*Ricardo Güiraldes*) ..... 22

El salvaje  
(*Manuel A. Alonso y Pacheco*) ..... 24

La muerte de los Arango  
(*José María Arguedas*)..... 22

## Misceláneas

De nuestra portada -  
Ignacio López Castellanos (*Editorial*)..... 31

## Teatro

La Exagerada “El policía me hizo la boleta”  
(*Victor Gabriel Pardo*) ..... 12



La cultura y el acceso al conocimiento y al arte  
son derechos universales.

Sociedad de Autores Independientes

# En una coma

En una coma entra un espacio...  
Finito que en pretérito termina infinito de destiempo,  
Entre una coma,  
Te cito,  
En ritmo de contratiempos,  
A ritmo y destiempo,  
Entre lineado, y subrayado.

Me gusta el tiempo,  
En el que caduqué...  
Jugando a ser tuyo,  
Entre espacios de fonemas intercalados de "comas",  
Puntos,  
Tirillas,  
Espacios...

En una coma,  
Se habla y se separa el amor de la "Amistad..."  
He escrito,  
Luego,  
Me he ido.  
Regreso entre líneas,  
Retomo la amistad,  
Me obligo del amar,  
Te imploro...  
Entre grafemas y fonemas,  
Entre tildes, y acentos,  
Puntillos...  
¡TE AMO!

En un verso,  
De mil líneas,  
De un cuarto de letras,  
De tres por tres,  
Te sigo... ¡A ti!  
Entinté mi corazón,  
Te escribo,  
Te deletreo,  
Te leo,  
Mi arte,  
Eres tú...  
En una coma...  
¡Solo TU!



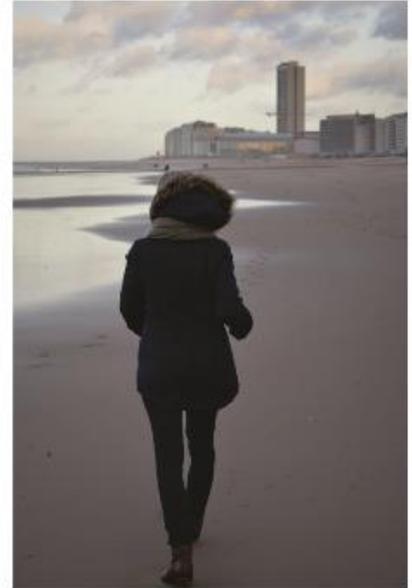
*Francisco Vernet*

*México D.F. - 1964*

# Dulce ave de la paradoja

Dulce ave de la paradoja....  
 Paradoja que en sí misma implica... ¡una pérdida!  
 la paradoja... implica dualidad,  
 la muerte y el nacimiento,  
 morir - viviendo,  
 paradoja para mí... significa: TU.  
 paradoja implica dejar...  
 dejando la vida en manos del destino,  
 el cuál, a veces, ignora qué hacer...

Paradoja...  
 Es auto contradicción,  
 ¡Absurdo!  
 Dualidad... en la locura,  
 en actitud sospechosa,  
 en otras palabras... AMOR;  
 ¡Oh! Querida ave... vuela... ¡vuela!  
 Mientras que aún hay tiempo para redimir los sentimientos,  
 Dame amor!  
 Yo te daré decepción,  
 Dame amor!  
 Yo te daré el perdón,  
 Vuela!  
 Vuela alto!  
 Mientras... todavía existe la necesidad de ti,  
 el tiempo está corriendo hacia atrás,  
 y sin embargo, no he llegado a ti,  
 paradoja,  
 derretida en jaleas,  
 mi paradoja ... se ha fundido en ti.



*Francisco Vernet*

*México D.F. - 1964*

# La gloria y la sangre

La aurora es casi una sentencia de muerte  
que se esconde tras unos ojos verdes  
tras un beso intoxicado  
con sabor a hierbas venenosas

Se cansan poco a poco los horas  
aunque el mundo no se acabe todavía  
el tiempo es un espejismo valiente  
no se teme a sí mismo

Un golpe que duele tanto como dos  
lágrimas que son navajas ocultas  
en el borde de los ojos  
tristezas que terminan en risas absurdas

El caos es una cama de sábanas revueltas  
un réquiem de prejuicios  
un cielo nublado y deshabitado  
sin dioses borrosos o santos inciertos

La gloria y la sangre siempre van de la mano  
porque no hay culpa sin responsabilidad  
No hay purgatorios colectivos  
sin infiernos individuales

La salvación es una utopía  
cuando no sabemos quién nos condena  
porque el pecado no es tal  
es solo el derecho divino a equivocarnos.



*Eduardo Longa*  
Caracas, Venezuela - 1989

# Poema para un Dios

Todo es culpa de Ícaro  
de sus alas malditas e inconclusas  
y esa banal ilusión de grandeza

¿Por qué nos cuesta tanto ser felices  
siendo simples mortales, simples humanos?

Todo es culpa de Prometeo  
y del fuego robado sin razón aparente  
para cederlo a quien no lo merece

¿Si no sabemos amar la rutina  
para qué anhelamos la vida eterna?

Todo es culpa de la culpa  
que no se hace responsable  
de los errores de los demás.

Tal vez ahora nos damos cuenta  
de que hemos estado por siglos  
haciendo la reverencia equivocada  
y hemos recibido la patada  
en las manos juntas  
unidas en oración.

Dirijo a usted esta humilde plegaria  
con la intención de que pueda perdonar  
tanto desacierto sibilante  
tanto desasosiego supurante  
tanto descarado subterfugio  
y nos permita pasar  
de la última página  
y vivir una última hora más.



*Eduardo Longa*  
Caracas, Venezuela - 1989

# Lágrimas muertas

Lágrimas muertas caen por mis mejillas,  
Antaño rojas hoy deslucidas.

Luces muertas allende los cielos,  
No habrá fiestas o festines,  
Tan solo tus pasos alejándose.

Los bufones lloran mientras envenenan,  
Los ojos del cuervo brillan en la noche,  
En sus fauces la belleza se vuelve ceniza.

No hay consuelo tras el fuego de nuestra pasión,  
No hay flores que coronen nuestras cabezas,  
No hubo alma en mi elección,  
Solo bufones envenenando nuestro destino.



*Ignacio López Castellanos*  
*Asturias, España, 1988*

# Luces y sombras en el molino

Pocos recuerdan la historia o mejor dicho las extrañas historias que se vivían y contaban de padres a hijos, en relación con el molino que producía el grano machacado y usado en Roble Alto para su comercio y consumo.

Roble Alto era una aldea emplazada a orillas de un río pequeño, tranquilo y sin nombre. Dicha aldea estaba rodeada de suaves colinas verdes, limitando por el norte con el bosque del Oso Pardo. La aldea se encontraba prácticamente rodeada por el río, salvo por la zona boscosa, y solo se podía acceder a él mediante dos puentes sólidos hechos en madera de castaño.

En el centro mismo y cerca de la posada el Tenedor Embotado, se alzaba orgulloso, sabio y venerable, un roble de proporciones desmesuradas incluso para los de su especie. Se decía que sus raíces eran tan antiguas y profundas como la misma tierra, y que de ser talado, Roble Alto se hundiría y desaparecería por siempre.

Todos tenían por aquel entonces una especial estima por el molinero, que no era su única ocupación, pues también era un cuenta cuentos excepcional y juguetero en particular.

Siempre contaba historias en los días más fríos del invierno a la vera de un buen fuego. Todos lo escuchaban embelesados. Su voz poderosa y profunda, producía un efecto tranquilizador en la gente, mientras el significado que guardaban sus palabras los trasportaban a tiempos lejanos, donde sucedían historias protagonizadas por antepasados cuyos pies pisaran el verde suelo de Roble Alto.

Muchos lloraron el día en que su alma partió a tierras lejanas y desconocidas. Pero tras su partida, el molino se convirtió en lugar de peregrinación para curiosos, y niños deseosos de vivir aventuras excitantes en su reducido y conocido mundo.

Pronto comenzaron a circular historias referentes al molino y sus estancias inferiores, historias referidas a lamentos y cantos femeninos que no eran de este mundo.

Ninguna familia de la aldea había querido hacerse cargo del antiguo y a juzgar por las habladurías, encantado molino.

Hubo un joven en particular que quiso saber más acerca del molino y lo que su corazón escondía. Era la clase de zagal, cuyo corazón indómito ansía saber más del mundo que lo rodea. Este muchacho en particular no dejaba de recordar una canción que el anciano cantaba a menudo sobre un amor prohibido acabado en tragedia, pero de cuya unión nació un ser hermoso al cuál el protagonista entregó su vida.

Con la canción reverberando en su mente, tal y como el anciano la interpretaba con su vehemencia particular, se escabulló una noche a comienzos del verano, al molino.

Al acercar la cara a la maltrecha puerta repleta de musgo, creyó oír lo que parecían ser susurros. Unos susurros que él achacó a una más que excitada imaginación. Igualmente decidió entrar. Comenzó a descender por unas escaleras de piedra, y cuanto más se introducía en la tierra más oía el susurro. Una voz femenina que se acrecentaba con su avance, hasta que finalmente la voz se convirtió en canción.

No podía creer lo que veían sus jóvenes ojos. Ante él apareció envuelto en la luz sobrenatural de una diminuta luna que se dejaba entrever por un agujero practicado en el techo de la caverna, un estanque negro y calmo, rodeado de luminiscente verdor. En el centro mismo del encantado enclave un islote repleto de setas brillantes y luciérnagas servía de escenario para una xana, la más hermosa que

jamás hubiera visto. Si bien es cierto que nunca había visto una. Sus cabellos plateados, sus ojos claros y piel olivácea casi tan verde como la vegetación que la rodaba, no dejaban lugar a dudas. Pero lo que le hizo sollozar y llorar emocionado fue el oírla cantar. Su alma fue impregnada por las estrofas que de sus labios se escapaban, pues era la misma canción que tantas veces había oído interpretar al venerable anciano del molino.



*Ignacio López Castellanos*

*Asturias, España, 1988*

# La Exagerada

## “El policía me hizo la boleta”

### Radioteatro

(BOCINA DE PATRULLA)

El\_ Buenas noches, señorita.

Ella\_ Hola, ¿cómo le va, agente? ¿Por qué tan solo?

El\_ ¿Por qué tan solo? Deme su registro y los papeles del auto, por favor.

Ella\_ ¿Por qué? ¿Cometí una infracción? ¡¿He violado la ley?!

El\_ Sí, la misma infracción que comete siempre que pasa por acá. Estacionarse en la senda peatonal.

Ella (SENSUAL)\_ ¿Y me va a castigar? ¡¿Me va a llevar a la cárcel?!

El\_ ¡No, no, no! ¡No es para tanto! ¡Solo le voy a hacer la boleta!

Ella\_ ¡Ah, era eso! ¿Me quiere hacer la boleta nomás?

El\_ Me temo que no tengo más remedio. Deme los papeles del auto y su registro de conducir.

Ella\_ ¡¿Por qué te los tengo que dar, si son míos?! ¡¿Cuándo me los devolvés?!

El\_ ¡Ya mismo se los devuelvo, no se preocupe! ¡Es solo para ver los datos del auto y los suyos!

Ella\_ ¡Ah, bueno! ¡Si querés mis datos, puedo empezar dándote mi número de teléfono! Tomá. Acá tenés mi tarjeta, de paso.

El\_ No, está bien. Su tarjeta no es necesaria, solo los papeles del auto y su registro.

Ella\_ ¿Quiere que me baje del auto?

El\_ ¡No, solo quiero que me de los papeles del auto y su registro para hacerle la boleta!

Ella (SENSUAL)\_ ¡Claro, pero acá en la calle, no! Mejor vamos a un lugar tranquilo, donde no nos vea nadie.

El\_ ¿Para hacerle la boleta? ¡No es necesario! ¡Con hacérsela acá es suficiente! ¡Le

hago la boleta y se puede ir!

Ella (GRITA)\_ ¡Ah, claro! ¡Sos de esos que me hacen la boleta y se van!  
(LLORANDO) ¡No te importo en lo más mínimo! ¡Seguro que tenés otra! ¡Vos  
haces lo que querés y yo que me muera! (LLORA)

El\_ ¡¿Y qué más quiere?! ¡¿Qué salgamos a cenar?!

Ella (FELIZ)\_ ¡Eso me gusta, dale! ¡Te pusiste romántico! Aunque en realidad,  
debería ser al revés: primero deberíamos ir a cenar. ¡Y si querés, después de la cena,  
vamos a conocer a mis padres!

El\_ ¡No te hagás la difícil! ¡¿Ahora me venís a exigir que te seduzca?!

Ella\_ ¡Bueno... no es tan necesario que me seduzcas! ¡Pero tampoco soy una mujer  
fácil! (GRITA) ¡¿O crees que te voy a entregar todo así nomás?!

El\_ ¡¿Y qué espera para darme lo que le pedí?

Ella\_ ¡¿Acá en el auto querés hacerme la boleta?! ¡Vamos a un hotel, mejor! ¡Nos  
va a ver todo el mundo acá!

El\_ ¡¿Y?! ¡Yo siempre lo hago en la calle! ¡No tengo tiempo para perder! ¡Soy un  
hombre muy ocupado!

Ella\_ ¡¿Encima exhibicionista?! ¡Al final, sos un degenerado!

El\_ ¡Mire, si no me da lo que le estoy pidiendo, la voy a tener que llevar a la  
comisaría y retenerla por 48 horas!

Ella (SORPRENDIDA)\_ ¡¿48 horas?! ¡¿Tanto tiempo me vas a estar haciendo la  
boleta?! ¡Qué bárbaro! ¡Mi último novio duraba 48 minutos!

El\_ ¡No, no entendiste! ¡La boleta te la hago apenas lleguemos! ¡Después la voy a  
tener adentro hasta que aprenda a obedecer la ley! ¡A ver si allá es tan rebelde!

Ella (SEDUCTORA)\_ ¡Ay, sí, me encanta jugar al policía y al ladrón! ¡Vamos,  
vamos!

FIN



*Victor Gabriel Pardo*  
*Buenos Aires, Argentina - 1986*

# Lápices remendados

Aunque por sangre tinta se derrame,  
aunque el papel se ensucie con el odio,  
no cejará el empeño en los que saben  
tomar la libertad como un tesoro.

Pese a que las sonrisas un instante  
se hayan tornado en miserables lloros,  
los miércoles habrán de provocarme  
la ausencia de vergüenza y de decoro.

Por hacer gala de tanta insolencia  
da igual que se me tache de mezquino,  
pecando así, tal vez, por mi inconsciencia.

No considero al menos desatino,  
gozar por ver tranquila mi conciencia  
pues nunca me tendrán por asesino.



*David Solera Asís*

*Madrid, España - 1984*

# La visita

## parte 1

—¿Vienes?

—No, todavía no.

—Está bien, te seguiré esperando.

—Lo sé, queda poco ya.

—También lo sé, aunque te esperaría la eternidad si fuese necesario.

—Y yo a ti.

Escondido detrás de la ventana miraba como ella se alejaba lentamente, paso a paso, firme en su caminar. Sin mirar hacia atrás se perdía entre las desoladas calles, y él, volvía a quedarse solo una vez más.

Las horas seguían corriendo, incesantes, el horizonte se teñía de rojo y poco a poco la oscuridad fue abriendo paso a la noche, una densa niebla cubrió todo el lugar y las calles se humedecían muy despacio. Él contemplaba el reflejo de las farolas sobre la calzada, mientras trazaba un mapa por donde ella guió sus pasos por última vez, el mismo que seguía cruzando cada vez que lo visitaba

—¿Cuándo volveré a verte? —susurró para sí mismo haciéndose eco de su melancolía, esperaba con ansias su llegada, esa compañía, esos momentos que volvía a estar con ella, le daban las fuerzas para seguir viviendo, aunque sabía que solo la muerte los uniría.

La noria de sus días se veían alterados cada vez que su amada recorría el camino de regreso, y de partida, ahora se le hacía tan natural volver a estar con ella, la fortuna le sonrió aquel 25 de febrero, justo cuando su ojos se habían convertido en un desierto y su alma desolada no encontraba consuelo que calme su agonía.

\*\*\*

—Hola papá, ¿cómo estás? —pregunta que obtuvo respuesta con una tierna sonrisa, Raúl seguía sentado contemplando el ventanal, con los ojos centrados en la tenue lluvia que cubría la ciudad. Su hija se sentó junto a él, cruzó su brazo por detrás de sus hombros y apoyó su cabeza en ellos, en completo silencio ella suspiró mientras observaba la serena mirada de su padre, no hacían falta palabras para saber que rondaba por su cabeza, seguido ella dijo—: Te acompaño a la cama... vamos..., no pude venir antes, así son los inicios de mes en la oficina.

—Lo sé cariño, no te preocupes —Raúl se apoyó en su hija para ponerse de pié, el paso de los años no perdonan, lentamente fueron a su dormitorio y él se acostó, Sofía beso la frente de su padre y antes de salir de la habitación preguntó:

—¿Ha venido?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Que descanses —mirándolo fijamente.

—Tú también mi vida.

—Te quiero papá —Él volvió a sonreír sin articular palabra, y Sofía se alejó de su cuarto muy despacio. Ya se había acostumbrado a esta situación, cada vez que encontraba a su padre junto a la ventana mirando en la misma dirección, sabía que él había pasado la tarde en compañía de su difunta madre, según Raúl desde hace ya más de veinte años.



*Henry Govani Aguiar Sanchez*

*Pretoria, Ecuador, 1975*

# La madre de mi amigo Koldo

## La despedida

El otro día,  
me crucé por la calle  
con mi amigo  
Koldo;  
marchaba calle abajo,  
con la cabeza gacha  
y  
lágrimas en los ojos;  
al llegar a su altura  
le agarré de un brazo,  
mientras le preguntaba  
¿Qué le había pasado?

El otro día se fue,  
aquella que más quería,  
se fue igual que vivió,  
sin decir nada,  
no dejó ni una nota,  
ni tan siquiera  
se despidió  
de los que más quería.  
No volveré jamás,  
acariciar  
aquel pelo suyo,  
rubio y...  
Todo rizado;  
ni volveré  
a verme reflejado,  
en esos hermosos ojos  
azules,  
que cuando los miraba,  
me parecía  
estar en el cielo.

Ayer...  
Murió mi madre,  
la persona  
que más quiero,  
la  
que me dio la vida,  
la  
que siempre...  
Luchara por mí,  
aquella  
que cuando me caía,  
me ayudaba a levantar,  
la misma,  
que si algo no entendía,  
siempre  
me lo intentaba explicar,  
la mujer  
con la que siempre...  
Hubiera querido  
vivir.  
Me encuentro  
en una encrucijada,  
no sé por dónde tirar,  
a veces,  
pienso en irme con ella,  
y otras...  
Que a ella,  
no le iba a gustar.  
Vos  
buen amigo,  
mirad...  
Si me podéis ayudar,  
ayudadme a pasar  
este mal trago,  
¿Decidme...?  
Qué puedo hacer  
para poderla olvidar,  
y así...  
con mi vida poder

continuar.  
¿Cuántas lágrimas  
tienen,  
por mis mejillas rodar,  
para que este mal trago  
pueda pasar?  
¿Cuántos recuerdos  
quedan atrás?  
¿Cómo se puede hacer algo...  
Que no se quiere lograr?

Yo,  
por mi parte  
y sin saber  
qué poder contestar,  
me fundiría,  
con él,  
en un gran abrazo,  
abrazo fraternal,  
con el cual intentaría  
decirle,  
que yo...  
Estaba igual.



*Don Irtxema*

*Victoria Gasteiz, Alava - Arava  
España - 1957*

# Mi padre

Yo tengo en el hogar un soberano,

único a quien venera el alma mía;  
es su corona su cabello cano,  
la honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,  
lleno de firme y varonil constancia,  
guarda la fé con que me habló del cielo  
en las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscripción y la tristeza  
en su alma abrieron incurable herida;  
es un anciano, y lleva en su cabeza  
el polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,  
de la suerte las horas desgraciadas,  
y pasa, como cristo el Tiberiades,  
de pie sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,  
y sólo en el deber sus ojos fijos,  
recoge espinas y derrama flores  
sobre la senda que trazó a sus hijos.

Me ha dicho: "A quien es bueno, la amargura  
jamás en llanto sus mejillas moja:  
en el mundo la flor de la ventura  
al más ligero soplo se dehoja.

"Haz el bien sin temer al sacrificio,  
el hombre ha de luchar sereno y fuerte,  
y halla quien odia la maldad y el vicio  
un tálamo de rosas en la muerte.

"Si eres pobre confórmate y sé bueno;  
si eres rico protege al desgraciado,  
y lo mismo en tu hogar que en el ajeno  
guarda tu honor para vivir honrado."

"Ama la libertad, libre es el hombre  
y su juez más severo es la conciencia;  
tanto como tu honor guarda tu nombre,  
pues mi nombre y mi honor forman tu herencia".

Este código augusto, en mi alma pudo  
desde que lo escuché, quedar grabado;  
en todas las tormentas fue mi escudo,  
de todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno  
reflejo fiel de su conciencia honrada;  
¡cuánto consejo cariñoso y bueno  
sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;  
la gloria del deber forma su gloria;  
es pobre, pero encierra su pobreza  
la página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,  
la suerte quiso que al honrar su nombre,  
fuera el amor que me inspiró de niño  
la más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira  
siempre sus ojos con amor lo vean,  
y de todos los versos de mi lira  
éstos los dignos de su nombre sean.



*Juan De Dios Peza*  
*Ciudad de México, México 1852-1910*

# El pozo

Sobre el brocal desdentado del viejo pozo, una cruz de palo roída por la carcoma miraba en el fondo su imagen simple. Toda una historia trágica.

Hacia mucho tiempo, cuando fue recién herida la tierra y pura el agua como sangre cristalina, un caminante sudoroso se sentó en el borde de la piedra para descansar su cuerpo y refrescar la frente con el aliento que subía del tranquilo redondel. Allí le sorprendieron el cansancio, la noche y el sueño; su espalda resbaló al apoyo y el hombre se hundió golpeando blandamente en las paredes hasta romper la quietud del disco puro.

Ni tiempo para dar un grito o retenerse en las salientes, que le rechazaban brutalmente después del choque. Había rodado llevando consigo algunos pelmazos de tierra pegajosa. Aturdido por el golpe, se debatió sin rumbo en el estrecho cilindro líquido hasta encontrar la superficie. Sus dedos espasmódicos, en el ansia agónica de sostenerse, horadaron el barro rojizo. Luego quedó exánime, solo emergida la cabeza, todo el esfuerzo de su ser concentrado en recuperar el ritmo perdido de su respiración.

Con su mano libre tanteó el cuerpo, en que el dolor nacía con la vida. Miró hacia arriba: el mismo redondel de antes, más lejano, sin embargo, y en cuyo centro la noche hacía nacer una estrella tímidamente.

Los ojos se hipnotizaron en la contemplación del astro pequeño, que dejaba, hasta el fondo, caer su punto de luz. Unas voces pasaron no lejos, desfiguradas, tenues; un frío le mordió del agua y gritó un grito que, a fuerza de terror, se le quedó en la boca. Hizo un movimiento y el líquido onduló en torno, denso como mercurio. Un pavor místico contrajo sus músculos, e impelido por esa nueva y angustiosa fuerza, comenzó el ascenso, arrastrándose a lo largo del estrecho tubo húmedo; unos dolores punzantes abriéndole las carnes, mirando el fin siempre lejano como en las pesadillas.

Más de una vez, la tierra insegura cedió su peso, crepitando abajo en lluvia fina; entonces suspendía su acción tendido de terror, vacío el pecho, y esperaba inmóvil la vuelta de sus fuerzas.

Sin embargo un mundo insospechado de energías nacía en cada paso; y como por impulso adquirido maquinalmente, mientras se sucedían las impresiones de esperanza y desaliento, llegó al brocal, exhausto, incapaz de saborear el fin de sus martirios. Allí quedaba, medio cuerpo de fuera, anulada la voluntad por el cansancio, viendo delante suyo la forma de un aguaribay como cosa irreal...

Alguien pasó ante su vista, algún paisano del lugar seguramente, y el moribundo alcanzó a esbozar un llamado. Pero el movimiento de auxilio que esperaba fue hostil. El gaucho, luego de santiguarse, resbalaba del cinto su facón, cuya empuñadura, en cruz, tendió hacia el maldito. El infeliz comprendió: hizo el último y sobrehumano esfuerzo para hablar; pero una enorme piedra vino a golpearle en la frente, y aquella visión de infierno desapareció como sorbida por la tierra.

Ahora todo el pago conoce el pozo maldito, y sobre su brocal, desdentado por los años de abandono, una cruz de madera semipodrida defiende a los cristianos contra las apariciones del malo.

FIN



*Ricardo Güiraldes*

*Buenos Aires, Argentina 1886*

*París Francia -1927*

# El salvaje

Debajo de una palmera,  
en una tarde serena,  
se mira sobre la arena  
un salvaje reposar.  
Junto a sí tiene las flechas  
que mil blancos han herido,  
y, como él mismo, han sufrido  
de cruda guerra el azar.

Su rojo cuerpo desnudo  
muestra toda su pujanza,  
y en su pecho alguna lanza  
atrevida penetra.  
Fija la vista en los montes  
canta de pesar exento,  
sin recordar ni un momento  
las riquezas que perdió.

Que venga aquí el europeo  
codicioso,  
y si acercarse le veo  
morirá al punto a mis manos.  
Que para sufrir tiranos  
en su patria no nació.

Y la muerte  
que le diera  
preferiera  
con placer,  
a la vida  
regalada  
y pasada  
como él.

Que es mi dicha vivir libre  
sin cadenas que me opriman,  
con su peso solo giman  
los esclavos y no yo.

Cuando de noche o de día  
yo despierto,  
y siento en la selva umbría  
de los tigres el aullido,  
o de la sierpe el silbido,  
mi gozo no tiene igual.

En los valles  
y florestas  
son mis fiestas  
pelear,  
con las fieras  
más temidas  
y sus vidas  
acabar.

Que es mi dicha vivir libre  
sin cadenas que me opriman,  
con su peso solo giman  
los esclavos y no yo.  
Me han quitado la llanura.  
no me importa.  
Para probar mi bravura  
los montes bastan y sobran  
si los indios no recobran  
lo que el blanco les robó.

Yo no siento  
desconsuelo.  
En el suelo  
duermo bien.  
Y si velo,  
mi querida  
es mi vida,  
mi sostén.

Que es mi dicha vivir libre  
sin cadenas que me opriman,  
con su peso solo giman  
los esclavos y no yo.



*Manuel A. Alonso y Pacheco*

*San Juan, Puerto Rico, 1822 - 1889*

# La muerte de los Arango

Contaron que habían visto al tífus, vadeando el río, sobre un caballo negro, desde la otra banda donde aniquiló al pueblo de Sayla, a esta banda en que vivíamos nosotros.

A los pocos días empezó a morir la gente. Tras del caballo negro del tífus pasaron a esta banda manadas de cabras por los pequeños puentes. Soldados enviados por la Subprefectura incendiaron el pueblo de Sayla, vacío ya, y con algunos cadáveres descomponiéndose en las casas abandonadas. Sayla fue un pueblo de cabreros y sus tierras secas sólo producían calabazas y arbustos de flores y hojas amargas.

Entonces yo era un párvulo y aprendía a leer en la escuela. Los pequeños delectábamos a gritos en el corredor soleado y alegre que daba a la plaza.

Cuando los cortejos fúnebres que pasaban cerca del corredor se hicieron muy frecuentes, la maestra nos obligó a permanecer todo el día en el salón oscuro y frío de la escuela.

Los indios cargaban a los muertos en unos féretros toscos; y muchas veces los brazos del cadáver sobresalían por los bordes. Nosotros los contemplábamos hasta que el cortejo se perdía en la esquina. Las mujeres iban llorando a gritos; cantaban en falsete el ayataki, el canto de los muertos; sus voces agudas repercutían en las paredes de la escuela, cubrían el cielo, parecían apretarnos sobre el pecho.

La plaza era inmensa, crecía sobre ella una yerba muy verde y pequeña, la romesa. En el centro del campo se elevaba un gran eucalipto solitario. A diferencia de los otros eucaliptos del pueblo, de ramas escalonadas y largas, éste tenía un tronco ancho, poderoso, lleno de ojos, y altísimo; pero la cima del árbol terminaba en una especie de cabellera redonda, ramosa y tupida. "Es hembra", decía la maestra. La copa de ese árbol se confundía con el cielo. Cuando lo mirábamos desde la escuela, sus altas ramas se mecían sobre el fondo nublado o sobre las abras de las montañas. En los días de la peste, los indios que cargaban los féretros, los que venían de la parte alta del pueblo y tenían que cruzar la plaza, se detenían unos instantes bajo el eucalipto. Las indias lloraban a torrentes, los hombres se paraban casi en círculo con los sombreros en la mano; y el eucalipto recibía a lo largo de todo su tronco, en sus ramas elevadas, el canto funerario. Después, cuando el cortejo se alejaba y desaparecía tras la esquina, nos parecía que de la cima del árbol caían lágrimas, y brotaba un viento triste que ascendía al centro del cielo. Por eso la presencia del eucalipto nos cautivaba; su sombra, que al atardecer tocaba al corredor de la escuela, tenía algo de la imagen, del helado viento que envolvía a esos grupos desesperados

de indios que bajaban hasta el panteón. La maestra presintió el nuevo significado que el árbol tenía para nosotros en esos días y nos obligó a salir de la escuela por un portillo del corral, al lado opuesto de la plaza.

El pueblo fue aniquilado. Llegaron a cargar hasta tres cadáveres en un féretro. Adornaban a los muertos con flores de retama, pero en los días postreros las propias mujeres ya no podían llorar ni cantar bien; estaban oncas e inermes. Tenían que lavar las ropas de los muertos para lograr la salvación, la limpieza final de todos los pecados.

Sólo una acequia había en el pueblo: era el más seco, el más miserable de la región por la escasez de agua; y en esa acequia, de tanto poco caudal, las mujeres lavaban en fila, los ponchos, los pantalones haraposos, las faldas y las camisas mugrientas de los difuntos. Al principio lavaban con cuidado y observan el ritual estricto del pinchk'ay; pero cuando la peste cundió y empezaron a morir diariamente en el pueblo, las mujeres que quedaban, aún las viejas y las niñas, iban a la acequia y apenas tenían tiempo y fuerzas para remojar un poco las ropas, estrujarlas en la orilla y llevárselas, rezumando todavía agua por los extremos.

El panteón era un cerco cuadrado y amplio. Antes de la peste estaba cubierto de bosque de retama. Cantaban jilgueros en ese bosque; y al medio día cuando el cielo despejaba quemando al sol, las flores de retama exhalaban perfume. Pero en aquellos días del tifus, desarraigaron los arbustos y los quemaron para sahumar el cementerio. El panteón quedó rojo, horadado; poblado de montículos alargados con dos o tres cruces encima. La tierra era ligosa, de arcilla roja oscura.

En el camino al cementerio había cuatro catafalcos pequeños de barro con techo de paja. Sobre esos catafalcos se hacía descansar a los cadáveres, para que el cura dijera los responsos. En los días de la peste los cargadores seguían de frente; el cura despedía a los muertos a la salida del camino.

Muchos vecinos principales del pueblo murieron. Los hermanos Arango eran ganaderos y dueños de los mejores campos de trigo. El año anterior, don Juan, el menor, había pasado la mayordomía del santo patrón del pueblo. Fue un año deslumbrante. Don Juan gastó en las fiestas sus ganancias de tres años. Durante dos horas se quemaron castillos de fuego en la plaza. La guía de pólvora caminaba de un extremo a otro de la inmensa plaza, e iba incendiando los castillos. Volaban coronas fulgurantes, cohetes azules y verdes, palomas rojas desde la cima y de las aristas de los castillos; luego las armazones de madera y carrizo permanecieron durante largo rato cruzados de fuegos de colores. En la sombra, bajo el cielo estrellado de agosto, esos altos surtidores de luces, nos parecieron un trozo del firmamento caído a la plaza de nuestro pueblo y unido a él por las coronas de fuego que se perdían más lejos y más alto que la cima de las montañas. Muchas noches los niños del pueblo vimos en sueños el gran eucalipto de la plaza flotando en llamaradas.

Después de los fuegos, la gente se trasladó a la casa del mayordomo. Don Juan mandó poner enormes vasijas de chicha en la calle y en el patio de la casa, para que tomaran los indios; y sirvieron aguardiente fino de una docena de odres, para los

caballeros. Los mejores danzantes de la provincia amanecieron bailando en competencia, por las calles y plazas. Los niños que vieron a aquellos danzantes el "Pachakchaki", el "Rumisonk'o", los imitaron. Recordaban las pruebas que hicieron, el paso de sus danzas, sus trajes de espejos ornados de plumas; y los tomaron de modelos, "Yo soy Pachakchaki", "¡Yo soy Rumisonk'o!", exclamaban; y bailaron en las escuelas, en sus casas, y en las eras de trigo y maíz, los días de la cosecha.

Desde aquella gran fiesta, don Juan Arango se hizo más famoso y respetado.

Don Juan hacía siempre de Rey Negro, en el drama de la Degollación que se representaba el 6 de enero. Es que era moreno, alto y fornido; sus ojos brillaban en su oscuro rostro. Y cuando bajaba a caballo desde el cerro, vestido de rey, y tronaban los cohetones, los niños lo admirábamos. Su capa roja de seda era levantada por el viento; empuñaba en alto su cetro reluciente de papel dorado; y se apeaba de un salto frente al "palacio" de Herodes; "Orreboar", saludaba con su voz de trueno al rey judío. Y las barbas de Herodes temblaban.

El hermano mayor, don Eloy, era blanco y delgado. Se había educado en Lima; tenía modales caballerescos; leía revistas y estaba suscrito a los diarios de la capital. Hacía de Rey Blanco; su hermano le prestaba un caballo tordillo para que montara el 6 de enero. Era un caballo hermoso, de crin suelta; los otros galopaban y él trotaba con pasos largos, braceando.

Don Juan murió primero. Tenía treintidós años y era la esperanza del pueblo. Había prometido comprar un motor para instalar un molino eléctrico y dar luz al pueblo, hacer de la capital del distrito una villa moderna, mejor que la capital de la provincia. Resistió doce días de fiebre. A su entierro asistieron indios y principales. Lloraron las indias en la puerta del panteón. Eran centenares y cantaron a coro. Pero esa voz no arrebatava, no hacía estremecerse, como cuando cantaban solas, tres o cuatro, en los entierros de sus muertos. Hasta lloraron y gimieron junto a las paredes, pero pude resistir y miré el entierro. Cuando iban a bajar el cajón de la sepultura don Eloy hizo una promesa: "¡Hermano -dijo mirando el cajón, ya depositado en la fosa- un mes, un mes nada más, y estaremos juntos en la otra vida!"

Entonces la mujer de don Eloy y sus hijos lloraron a gritos. Los acompañantes no pudieron contenerse. Los hombres gimieron; las mujeres se desahogaron cantando como las indias. Los caballeros se abrazaron, tropezaban con la tierra de las sepulturas. Comenzó el crepúsculo; las nubes se incendiaban y lanzaban al campo su luz amarilla. Regresamos tanteando el camino; el cielo pesaba. Las indias fueron primero, corriendo. Los amigos de don Eloy demoraron toda la tarde en subir al pueblo; llegaron ya de noche.

Antes de los quince días murió don Eloy. Pero en ese tiempo habían caído ya muchos niños de la escuela, decenas de indios, señoras y otros principales. Sólo algunas beatas viejas acompañadas de sus sirvientas iban a implorar en el atrio de la iglesia. Sobre las baldosas blancas se arrodillaban y lloraban, cada una por su

cuenta, llamando al santo que preferían, en quechua y en castellano. Y por eso nadie se acordó después cómo fue el entierro de don Eloy.

Las campanas de la aldea, pequeñas pero con alta ley de oro, doblaban día y noche en aquellos días de mortandad. Cuando doblaban las campanas y al mismo tiempo se oía el canto agudo de las mujeres que iban siguiendo a los féretros, me parecía que estábamos sumergidos en un mar cristalino en cuya hondura repercutía el canto mortal y la vibración de las campanas; y los vivos estábamos sumergidos allí, separados por distancias que no podían cubrirse, tan solitarios y aislados como los que morían cada día.

Hasta que una mañana, don Jáuregui, el sacristán y cantor, entró a la plaza tirando de la brida al caballo tordillo del finado don Juan. La crin era blanca y negra, los colores mezclados en las cerdas lustrosas. Lo habían aperado como para un día de fiesta. Doscientos anillos de plata relucían en el trenzado; el pellón azul de hilos también reflejaba la luz; la montura de cajón, vacía, mostraba los refuerzos de plata. Los estribos cuadrados, de madera negra, danzaban.

Repicaron las campanas, por primera vez en todo ese tiempo. Repicaron vivamente sobre el pueblo diezmado. Corrían los chanchitos mostrencos en los campos baldíos y en la plaza. Las pequeñas flores blancas de la salvia y las otras flores aún más pequeñas y olorosas que crecían en el cerro de Santa Brígida se iluminaron.

Don Jáuregui hizo dar vueltas al tordillo en el centro de la plaza, junto a la sombra del eucalipto; hasta le dio de latigazos y le hizo pararse en las patas traseras, manoteando en el aire. Luego gritó, con su voz delgada, tan conocida en el pueblo:

-¡Aquí está el tifus, montado en el caballo blanco de don Eloy! ¡Canten la despedida! ¡Ya se va, ya se va! ¡Aúúúú! ¡Aú ú!

Habló en quechua, y concluyó el pregón con el aullido final de los jarahuis, tan largo, eterno siempre:

-¡Ah... ííí! ¡Yaúúú... yaúúú! ¡El tifus se está yendo; ya se está yendo!

Y pudo correr. Detrás de él, espantaban al tordillo algunas mujeres y hombres emponchados, enclenques. Miraban la montura vacía, detenidamente. Y espantaban al caballo.

Llegaron al borde del precipicio de Santa Brígida, junto al trono de la Virgen. El trono era una especie de nido formado en las ramas de un arbusto ancho y espinoso, de flores moradas. El sacristán conservaba el nido por algún secreto procedimiento; en las ramas retorcidas que formaban el asiento del trono no crecían nunca hojas, ni flores ni espinos. Los niños adornábamos y temíamos ese nido y lo perfumábamos con flores silvestres. Llevaban a la Virgen hasta el precipicio, el día de su fiesta. La sentaban en el nido como sobre un casco, con el rostro hacia el río, un río poderoso y hondo, de gran correntada, cuyo sonido lejano repercutía dentro del

pecho de quienes lo miraban desde la altura.

Don Jáuregui cantó en latín una especie de responso junto al "trono" de la Virgen, luego se empinó y bajó el tapaojos, de la frente del tordillo, para cegar lo.

-¡Fuera! -gritó- ¡Adiós calavera! ¡Peste!

Le dio un latigazo, y el tordillo saltó al precipicio. Su cuerpo chocó y rebotó muchas veces en las rocas, donde goteaba agua y brotaban líquenes amarillos. Llegó al río; no lo detuvieron los andenes filudos del abismo.

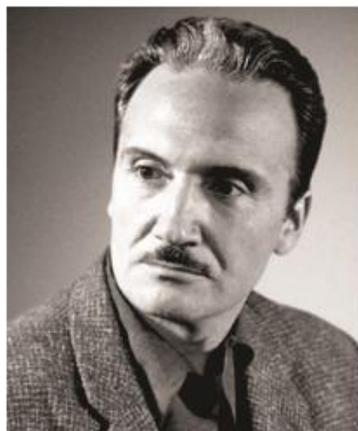
Vimos la sangre del caballo, cerca del trono de la Virgen, en el sitio en que se dio el primer golpe.

-¡Don Eloy, don Eloy! ¡Ahí está tu caballo! ¡Ha matado a la peste! En su propia calavera. ¡Santos, santos, santos! ¡El alma del tordillo recibid! ¡Nuestra alma es, salvada!

¡Adiós millahuay, espidillahuay...! (¡Decidme adiós! ¡Despedidme...!).

Con las manos juntas estuvo orando un rato, el cantor, en latín, en quechua y en castellano.

FIN



*José María Arguedas*

*Andahuaylas, Perú - 1911*

*Lima, Perú - 1969*

# Ignacio López Castellanos

## De nuestra portada

Colabora con la revista Estel, de La sociedad Tolkien Española con ilustraciones que acompañan artículos y cuentos.

Quedó finalista en los premios Tolkien de dicha sociedad en el apartado de artesanía con tres ilustraciones, ganando así el derecho a poder participar en una exposición en la biblioteca Infanta Elena de Sevilla.

Ilustró para la revista oficial del programa de radio Tiempo Cero un cuento y dos artículos sobre mitología.

En un libro sobre mitos y leyendas del agua en Avilés colaboró con la ilustración de una Xana.

La revista Ser Pagano tuvo a bien publicarle varias ilustraciones acompañando diversos artículos sobre historia y mitología.



Ignacio López Castellanos

Asturias, España - 1988